

— No te pregunto eso: ¿ha vencido la patria?
— Si. — Corramos á dar gracias á los dioses.

¡Virtud feroz! No se derivan de las leyes los sagrados deberes de la familia; y la madre que castiga la cobardía de su hijo fugitivo ó la felonía del traidor, merecerá elogios en Esparta; mas la verdadera virtud, aunque ultrajada, clamará contra esas virtudes ficticias, y condenará una institucion en que la sociedad se arruinaba con la ruina de los vinculos mas sagrados. Allí las mujeres, no pudiendo seducir con sus atractivos, aspiraban á agradar con su insensibilidad; sin embargo, no dejaban de ser frágiles por renunciar á las gracias; y en cuanto se relajó la disciplina, cundió el vicio entre ellas con doble fuerza, y difamadas en toda la Grecia, fueron en gran parte causa de los desastres de su patria.

Educación.

Para probar hasta dónde pueden vencer las instituciones á la naturaleza, rompió Licurgo los vinculos de la familia, haciendo que el hombre se uniese tan solo á la patria. El niño que nacia endeble y contrahecho, era precipitado desde el Taigeto; costumbre execrable que no han abandonado aun los Montenegrinos de la Iliria. Si el magistrado lo declaraba digno de vivir, se le lavaba con vino, y se le colocaba sin fajas ni cobertores dentro del escudo paterno, al lado de la lanza, para que las armas despertasen sus primeras sensaciones. Íbaseles acostumbrando á todas las incomodidades, á andar á oscuras, á no quejarse nunca; y á los siete años se les arrancaba del hogar doméstico, para confiarlos á maestros públicos, que los educaban á todos en comun y del mismo modo, exceptuando á los hijos de los reyes, por temor de que la demasiada familiaridad disminuyese el respeto. Todo propendia á hacerlos insensibles á la fatiga, sufridos en medio de los dolores, y sobre todo obedientes. Con la cabeza rapada y las piernas y los piés desnudos, no tenían cosa que les recreara en los tranquilos goces propios de su edad: cuando caminaban, no debían mirar á derecha ni izquierda, sino tener los ojos bajos y las manos ocultas entre las capas. Ninguna accion se reputaba indiferente: los ancianos, bajo cuya direccion los mas capaces educaban á sus compañeros, amonestaban con rigidez, alababan, daban golpes, y los éforos cuidaban de que la severidad no se entibiase. Á veces, en medio del invierno, se les hacia pelear desnudos; y fueron los primeros que se presentaron desnudos á disputar el premio en los juegos públicos como se hacia en Creta. Cuando habian cumplido los diez y ocho años, luchaban en el Platanisto (*), hasta que parte de ellos se veian obligados á arrojar al Eurótas. Á menudo venian á las manos unos con otros en las plazas; pero no bien aparecía un anciano,

(*) Llanura en una isla formada por el Eurótas, el río de Megalópolis, y un canal de comunicacion. Se pasaba á ella por dos puentes y tomó su nombre de los muchos plátanos que la poblaban.

(N. del T.)

debían suspender los golpes. Este respeto á la ancianidad ocupaba un puesto preferente en la educacion espartana. Asistian á los juegos olímpicos las diversas naciones de Grecia, cuando se presentó un anciano, y empezó á recorrer las gradas, henchidas de gente, buscando dónde colocarse. Nadie le hizo lugar, hasta que llegó á donde estaban los Espartanos, quienes se levantaron á porfia. Sonó entónces un aplauso universal; y el anciano exclamó: *Todos los Griegos conocen la virtud; pero únicamente los Espartanos la practican.*

Esparta ofrecia sacrificios humanos á Diana Taurica, los cuales se redujeron mas tarde á azotar á los niños; y para estos era honroso no exhalar un gemido mientras se les golpeaba, hasta el punto á veces de perder la vida.

Para habituarlos á la destreza, necesaria en la guerra, estaba permitido el hurto, y tenían que robar el alimento cotidiano. El robo entre gente pobre y desprovista de artes no pareció á Licurgo tan peligroso como digna de elogio la agilidad unida á la astucia; y hubiera sido una gran falta dejarse coger en el acto ó ser convencido luego. Un muchacho roba una zorra y la oculta debajo de la capa; cogido infraganti, niega rotundamente delante de sus acusadores, mientras que el animal le está mordiendo el vientre.

Educaban el espíritu con las lecciones de los ancianos, y escuchando en las comidas los razonamientos de los prudentes. Debían guardar silencio, á no dirigirles preguntas los adultos; é interrogados por estos acerca del mérito ó demérito de una accion, era su deber contestar juiciosamente, con gracia, pureza, y adecuada concision. De este modo adquirian una inteligencia perspicaz y aquel estilo vibrante y preciso que ha tomado de ellos el nombre de laconismo, y del cual las historias citan multitud de ejemplos. En la guerra de Média, habiendo Jerjes enviado á intimar á los Espartanos que entregasen las armas, respondieron estos: *Ven á tomarlas.* Temiendo los éforos que la guarnicion de Decelia se dejase sorprender, le escribieron: *No os entretengais en pasear.* Destruida por los Atenenses, despues de una larga guerra, la escuadra mandada por Mindaro, el oficial espartano escribió á los éforos: *La batalla y Mindaro se perdieron; pronto víveres, socorros.* Al fin de la terrible guerra del Peloponeso, Lisandro no escribió otra cosa mas que: *Atenas ha caido.* Á una extensa carta en que los Macedonios, valiéndose de mil rodeos, pedian que les fuese permitido pasar por la Laconia, respondieron los Espartanos: *No.* Preguntado el rey Leon cuál era el gobierno en que mejor vivian los pueblos, contestó: *Donde los súbditos no sean ricos ni pobres; donde la probidad halle muchos amigos y ninguno el fraude;* y hablando de los vencedores de Olimpia, dijo: *Gran gloria seria la suya á haberse fatigado tanto por una victoria.* Á un Ateniese que trataba de ignorantes á los Espartanos, respondió uno de estos: *En efecto, pues nosotros somos*

Laconismo.

los únicos que no hemos aprendido nada malo de vosotros. Preguntando uno á Arquidamas cuántos Espartanos habia, respondió: *Los suficientes para tener lejos de sí á los malvados.* Exaltaba un rey la bondad de Carilao, y el otro añadió: *No es bueno quien lo es tambien para los perversos.* Enviado un Espartano á persuadir al sátrapa Tisaférnes que prefiriese la amistad de Lacedemonia á la de Atenas, se explicó en dos palabras; pero viendo que los Atenenses en la réplica se engolfaban en largos discursos, presenta dos líneas, una derecha y otra torcida, que iban á parar ambas al mismo punto, y dice al sátrapa: *Elige.* Á un embajador, que hizo una arenga interminable para pedir víveres á los Espartanos, contestaron estos: *Hemos olvidado el principio: no hemos comprendido el medio: no nos agrada el fin.* Entónces él volvió á la junta con los sacos vacíos y dijo: *Llenadlos (1).*

Juegos. Hasta las diversiones consistian solo en ejercicios de fuerza. En los espectáculos cantaban los ancianos:

Aunque pocos, llenamos
de espanto los ejércitos:
de invicto muro á Esparta
sirvieron nuestros pechos:
mas, grave es ya la edad;
Esparta de sus héroes,
las tumbas honrará.

Entónces añadian los jóvenes con alegre tono:

¿Quién en valor nos vence?
¿Quién nos vence en pujanza?
Miramos los combates
como jónicas danzas.
De la edad en la flor
inflama nuestros ánimos
de patria el sacro ardor.

Y voces infantiles continuaban:

Dejad que pasen
algunos años;
nos dará entónces
la patria aplausos
la patria honor;
al ver cual triunfa
nuestro valor.

Cultura. Toda su instruccion se reducía casi únicamente á aprender de memoria los versos de Homero, y despues los de Terpandro y de Tirteo; abandonando las artes á los esclavos, ó á aquella porcion de pueblo que no podia llevar larga la cabellera, como los hombres libres. ¿Qué comercio podia existir en un país del cual estaban excluidos los extranjeros y el dinero, y donde habia tan pocas necesidades? Así que, en tiempo de paz consistian sus únicas ocupaciones en la caza y en la gimnástica, ó en hablar en

(1) Durante la guerra de Napoleon en España, enviaba Lefevre á Zaragoza un billete que decía: *Capitulacion;* y le contestaba Palafox con otro, donde se leía: *Guerra á cuchillo.*

T. I.

los Lescos, salones de reunion. No era posible que se arraigasen allí el arte del retórico ni los sofismas de los lógicos. Además de desterrar á Arquiloco (*) por haber escrito una máxima inficionada de inmoralidad, cortaron los éforos la cuerda que habia añadido á la lira el músico Timoteo; podían decir como los Locrenses: *El que aspire á señalarse, puede irse á otra parte.*

Religion

Los sacrificios eran poco costosos; sencillos los funerales; estaban armadas todas las estatuas de los dioses, hasta la de Venus; y recibían honores divinos los héroes, como Ulises, Agamemnon, Licurgo. Tenían, sin embargo, la manía de los oráculos; sus reyes se prevalían de ellos á menudo; y los éforos pasaban las noches en el templo de Pasifae, saliendo de allí luego para profetizar. Cada nueve años elegían una noche clara y se ponían á contemplar el cielo; y si veían una estrella trasladarse de un punto á otro, acusaban al rey como reo de lesa majestad divina, hasta que el oráculo de Delfos lo sincerase. Permaneció allí celebrándose con crueldad el culto de Marte, pues se le inmolaban víctimas humanas; aunque mas frecuentemente el sacrificio era de un perro.

Sus principales fiestas eran las de Baco, donde las mujeres se disputaban el premio de la carrera; las de Apolo Carneio, durante las cuales se comía debajo de enramadas y competían los tañedores de cítara: las Jacintias, en que se consagraban dos dias á llorar á Jacinto, favorito de Apolo, y el tercero á divertirse. Estaba prohibido rogar para sí solo, y se debía pedir á los dioses que protegiesen á los hombres de bien. Digna del pueblo mas austero y conciso es esta plegaria suya: *Dadnos alma sana en cuerpo sano:* lo mismo que esta otra: *Á lo bueno agregad lo bello.*

Semejante nacion no debía temer la guerra ni huir de la muerte: todo hombre libre desde la edad de veinte á sesenta años estaba alistado para empuñar las armas. Su principal fuerza consistía en la infantería; alistábanse los menos valientes en la caballería: su ciudad carecía de murallas y de máquinas de defensa; y viendo Arquidamas una de estas exclamó: *¡Adios valor desde hoy en adelante!* ¿Qué hubiera dicho de nuestra táctica moderna?

Licurgo prescribió á los Espartanos no hacer por largo tiempo la guerra al mismo enemigo, con objeto de que este no se instruyese en sus artificios. Hallábanse distribuidos en cinco regimientos (*mores*) segun el número de las tribus; cada uno compuesto de cuatro batallones (*locos*), y estos de ocho pentecosias ó diez y seis onomatias, es decir, compañías. Tenían por armas la pica, la lanza, una espada corta, y un grande escudo, adornado con las letras iniciales de su país natal y con sus propias divisas. Uno de ellos pintó en su escudo una mosca de tamaño

(*) Arquiloco fué expulsado de varias ciudades de Grecia por sus composiciones mordaces y licenciosas.

(N. del T.)

natural, diciendo: *Me acercaré al enemigo hasta que la vea.*

Se vestían de encarnado para la pelea, se peinaban con esmero, y se coronaban de hojas como lo hacen todavía los Alemanes. Al llegar á la frontera sacrificaban á Júpiter y á Pálas; tomaban de los altares patrios un tizon destinado al sacrificio de una cabra que ofrecía el rey el día de la batalla; en seguida entonaba este en el aire de Cástor un canto que todos los soldados repetían en coro. Sin preguntar cuántos eran los enemigos, sino dónde estaban, marchaban contra ellos al son de la flauta, siendo los primeros que introdujeron este uso, así como el de vestirse uniformemente. Rodeaban al rey cien soldados, cuya obligación era defenderlo. No perseguían á los vencidos, ni les despojaban, ni colgaban en los templos los trofeos. El que apelaba á la fuga era más digno de lástima que si hubiera muerto: tenía que permanecer en pie por el tiempo que se le fijaba á la vista del ejército, y no podía en lo sucesivo presentarse en la plaza, ni aspirar á los empleos, ni tomar esposa; debiendo levantarse hasta cuando llegaba un niño, y si se servía de aceite ó de unguento era apaleado.

Se ha dicho por algunos: *¿Qué maravilla es que gentes para quienes la vida tiene tan pocos atractivos, arrosten con intrepidez la muerte?* Con efecto, su ciudad era siempre un campamento, donde todo parecía destinado á extinguir el sentimiento de la personalidad, y á identificar al individuo con la patria. De aquí aquella falta total de ambición, que permitía á Pedareto, rechazado por el gran consejo, felicitarse de que hubiera trescientos ciudadanos preferibles á él en Esparta (1). Aténas prometía monumentos á sus grandes ciudadanos, Roma coronas, Odino las hermosas Valkirias, que aguardaban á los valientes en sus espléndidos palacios, Mahoma los abrazos de las Huries: Esparta, nada. Caen en las Termópilas trescientos de sus defensores, y coloca allí una piedra con la inscripción siguiente: *Han cumplido con su deber.*

Parece que Licurgo conoció que las privaciones y los sacrificios unen más estrechamente á los hombres que los placeres y los goces. Así ama más á la patria aquel que más infeliz ó amenazada la mira; y por eso los monjes son tanto más afectos á su orden, cuanto más austera es esta. Si quiso preservar á su ciudad de los desórdenes que reinaban en las demás ciudades de Grecia, y asegurarla contra la usurpación extranjera, lo consiguió sin duda, pues durante más de cuatro siglos ningún cambio notable acaeció allí, en medio de los continuos trastornos de los Estados vecinos. Pero si el objeto de una legislación debe ser, no la estabilidad, sino la perfección del individuo y de la

(1) Así hablando en general; pero no sé que hubiera ningún tribunal de 300 magistrados en Esparta. Los hipagretas eran, es cierto, trescientos; escuadrón escogido, que mandaban tres jefes, cada uno de los cuales elegía ciento. Muy bien pueden aludir á él las palabras de Pedareto.

especie, no es posible alabar á Licurgo por haber formado un pueblo ignorante, feroz, soberbio, y que se mantuvo bárbaro en medio de tanta civilización, como un cuartel de soldados dentro de una ciudad floreciente. ¿Qué libertad la de un país donde el comer, el vestir, el hablar, hasta el amor de la mujer y el cuidado de los hijos estaban regularizados por leyes? ¿Qué civilización allí donde se hallaba proscrita la compasión que honra al hombre mucho más que cualquier alarde de impasibilidad?

¿Qué diré del trato dado á los esclavos? El flota era propiedad del Estado, el cual podía utilizarlo como fuese su gusto. En caso de guerra los armaban; si alguno descollaba por su gallarda estatura, su expresiva fisonomía ó su claro ingenio, lo mataban ó multaban á su amo; si querían enseñar á los jóvenes la templanza, introducían en los convites á un flota beodo, cuyos gestos y disparates hacían aborrecible la embriaguez; si había excesivo número de ellos, disponían que los jóvenes se ejercitasen en la caza, matándolos por pasatiempo en las tierras bañadas con su sudor. ¡Y estas bestias humanas eran en número de doscientas mil! Dos mil fueron de una vez enviados con pretexto de socorrer á Brasidas, y no se volvió á saber de ellos.

El objeto de toda la legislación de Licurgo fué conservar la pobreza, prohibiendo las artes y la industria; y esto por necesidad había de ocasionar el ocio, y los males que son su consecuencia. Preciso era tener esclavos que cultivasen los campos; y como estos, viviendo tranquilos y sin que les mataran á los hijos contrahechos, se multiplicaban, había que cazarlos para acabar con ellos. Era necesario tener guerreros y cazadores; y por lo mismo los niños que no mostraran condiciones de tales, debían ser arrojados al río. Indispensables consecuencias de un principio; legislación bárbara, que queriendo mantener al hombre en el estado salvaje y cruel, lograba en efecto perpetuar la miseria, la ignorancia, la superstición y la violencia.

El que obliga á un pueblo á encerrarse en un círculo dado, lo condena anticipadamente. Licurgo había mandado acertadamente no hacer la guerra sino en defensa propia, y no tener escuadras, á fin de evitar la tentación de salir en corso; pero una nación, cuyo único estudio era el de robustecer el cuerpo, debía desear ocasiones de ejercitar sus fuerzas, de lanzarse á los azares de la guerra, como que no conocía otro medio de interrumpir la monotonía de su penosa existencia. Harto veremos con qué atrocidad peleaban, y el horror que se apoderará de nosotros al referir las traiciones hechas á Mesenia, la desolación causada á Aténas, donde, según se dice, perecieron en ocho meses de paz más personas por la mano del verdugo que en veintisiete años de combate (1), y el infame tratado de Antálcidas y la guerra de Tebas serán una noble protesta contra los que pregonan con

(1) Jenofonte.

sus palabras ó con sus actos que la fuerza lo es todo en el mundo.

CAPÍTULO VI

Guerras Mesénicas.

Después de haber organizado Licurgo su ciudad á manera de un campamento, donde la paz fuese triste y enfadosa, y la vida una preparación para la guerra, intimó á los Espartanos que vivieran tranquilos. Natural era que no le obedeciesen; y así, no bien hubo muerto, empeñaron con los Arcadios y los Argivos combates que duraron desde 873 á 743, y guerras más memorables con Mesenia.

Los Mesenios, aunque eran de raza dórica, habían cobrado odio á los Espartanos, desde que al repartirse el Peloponeso, se apropiaron estos la porción mayor. Habíanse ayudado recíprocamente los reyes de ambos países, siempre que sus súbditos habían querido disminuir su autoridad; pero los dos pueblos se miraban de reojo, y mucho más desde que Esparta y Micénas prevalecieron en el territorio subyugado de la Laconia. Cuando la mina está dispuesta, basta una chispa para hacerla reventar. Al dirigirse cierto número de doncellas espartanas á una fiesta que debía celebrarse en el templo de Diana, comun á ambos pueblos, y situado en sus confines, fueron sorprendidas y deshonradas por jóvenes de Mesenia; y ellas, no queriendo sobrevivir á tamaño ultraje, se dieron la muerte.

811.

Poco después Policáres, rico Mesenio, confió sus rebaños á Evadno, Lacedemonio, para que los apacentase en las fértiles praderas de la Laconia; y este los vendió, esparciendo la voz de que le habían sido robados por los corsarios. Descubierta el fraude, Policáres envió á su hijo á reclamar el precio á Evadno, el cual lo asesnió. El desgraciado padre presenta su querrela ante el tribunal de Esparta; pero viendo que todo se reducía á mera palabrería, monta en cólera y se precipita furioso sobre cuantos encuentra al paso en la ciudad. Envía entonces Esparta embajadores á Mesenia pidiendo satisfacción, y no lográndola tan cumplida como desea, le declara una guerra de exterminio: árnense ambos pueblos, pelean, y se arruinan á porfía con el furor propio de las guerras fraternas.

Habían jurado los guerreros Espartanos no volver á su patria mientras no dejasen satisfecha su venganza, y no perdonaban ni campos ni hombres; tanto, que reducidos los Mesenios al último extremo, acudieron al oráculo, quién les respondió: *Apláquese á los dioses con la sangre de una virgen de real estirpe.* Tocó la suerte á la hija de Licisco, pero él favoreció su evasión. Entonces Aristodemo, deseando adquirir los sufragios populares y el reino, presentó á su propia hija, y como protestase un amante de esta diciendo que no era doncella, y que ántes bien llevaba en su seno el fruto de sus amores, el

Aristodemo.

744-724.

implacable padre la degolló con su misma mano. Obrando así, aplacó á los dioses y reinó; pero no por esto se salvó Mesenia. Desgarrado aquel ambicioso por los remordimientos, acabó dándose muerte; Itome, última fortaleza, cayó en poder del enemigo; refugióse en Argos, en la Arcadia y en Sicione los que tenían en estos puntos vínculos de hospitalidad: disueltos los demas, hubieron de jurar fidelidad á los Espartanos, darles en tributo mitad de sus cosechas, y asistir vestidos de luto á los funerales de los reyes y de los magistrados de Esparta.

En cumplimiento del juramento prestado, los reyes de Esparta tuvieron que permanecer veinte años fuera de su patria, y se dice que en aquella ocasión fueron creados los éforos para suplirlos. Á su regreso se conservó la nueva magistratura, con el encargo de decidir cualquiera divergencia que ocurriese entre los reyes y el senado: el pueblo quedó reducido á confirmar ó á desechar lo que se proponía, sin poder modificar cosa alguna.

Para que no se disminuyese la población con tan larga ausencia, envió el senado orden al ejército de que volviesen los más jóvenes, que por haber crecido con posterioridad, no habían prestado el juramento, á fin de que fecundasen á las mujeres. ¡Moralidad espartana! Los hijos de estos ayuntamientos fueron llamados *Partenios*; y expulsados por los maridos al regresar á sus hogares, se trasladaron á Italia, donde fundaron á Tarento.

Partenios

707.

Hallamos en Italia otras colonias de Espartanos, especialmente en el Abruzzo los Locrenses y los Crotoniatas, célebres en la lucha. Los flotas trataron de sublevarse; pero fueron sometidos á viva fuerza, y diseminados en estos establecimientos.

Cuarenta años pesó la dura tiranía de Esparta sobre los Mesenios, hasta que se convirtió en voluntad unánime el deseo de venganza que á todos abrasaba. Acogió el voto nacional Aristómenes, vastago de sus antiguos reyes; y reuniendo la juventud, la excitó á libertar la patria. Fué proclamado rey; pero se contentó con el título de capitán, é infundió con sus primeras expediciones tal espanto en los Lacedemonios, que enviaron á consultar al oráculo, el cual les respondió que buscaran un jefe en Aténas. Aténas era rival de Esparta; y así envanecida viendo que recurría á ella, le envió casi por mofa á Tirteo, que solo era poeta, y por añadidura cojo. Pero este hizo ver claramente á los Espartanos cuán injustos eran en no estimar más que la robustez del cuerpo; pues supo inspirar con sus cantos tal ardor á los combatientes, que reanimó su denuedo y volvió á poner de su parte la fortuna. Por desgracia, consagraba su ingenio á una causa inicua, excitando á los Espartanos al exterminio de un pueblo á quien el exceso de la opresión había hecho convertir en espadas sus cadenas. En las filas de Aristómenes hubiera podido el poeta hablar de patria y nutrir sus cantos con sentimientos generosos y consoladores: en las

Tirteo.